

Dossier JUVENTUD

Imágenes de Juventud... "divino tesoro"

Castillo, Fania¹

Resumen

En este artículo se revisa y se cuestiona la idealización de la infancia y la juventud en nuestra cultura, observando las transformaciones que se han operado en estos *constructos* con el desencanto del proyecto moderno y las "nuevas mitologías" de la era digital. La atención, centrada hasta hace poco en la infancia, se ha desplazado hacia adelante, hacia la noción moderna de adolescencia. Proponemos que hoy los jóvenes son el emblema de una época cargada de incertidumbre, desesperanza y ausencia de cánones. Desde la academia, buscamos cercarlos con el afán de dar sentido a sus acciones, a sus modas, a sus agrupaciones, banderas y eslóganes fulgurantes. De modo que si la *negritud* ha sido el *otro* temido por una sociedad colonizadora, al igual que *Oriente* para *Occidente*, lo *femenino* para lo *masculino*, la juventud ha devenido símbolo desconocido de esperanzas y temores, territorio de riquezas que se quiere conocer y controlar, pero que no se puede ni se alcanza a comprender.

Palabras claves: infancia, juventud, mito, otredad, desprotección, sobreprotección

1 Psicóloga (clínica dinámica) UCV, cuya formación ha sido en la Clínica Hospital Central de San Cristóbal. Cursante de la Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe y Coordinadora de la Unidad de Asistencia Psicológica, ULA, Táchira. Correo electrónico: faniacastillo@gmail.com

Abstract

IMAGES OF YOUTH... DIVINE TREASURE

In this paper it is revised and questioned the idealization of childhood and youth in our culture, inquiring on the transformations that have been produced in these constructs with the disillusionment of the modernity project and the "new mythologies" of the digital era. The attention, which was recently centered in childhood, has moved forward toward the modern notion of adolescence. It is suggest that today the young people are the emblem of a time fraught with uncertainty, hopelessness and absence of canons. Since the academy we seek to hold them in a quest for making sense of their actions, trends, groups, flags, and flaming slogans. Thus, if the blackness has been the other feared to a colonizing society, as East to West, the feminine to masculinity... youth has become a symbol of hope and fears, a territory full of riches that we want to know and control but cannot understand.

Key words: *childhood, youth, myth, otherness, vulnerability, overprotection*

La infancia no se reduce al niño ni nombra una edad específica (la humanidad toda tiene infancia, por ejemplo). La infancia nombra, en sentido estricto, un estado. Pero un estado perdido e irrecuperable. Como estado, se localiza en tanto registro originario, por ende mítico...

Joel Otero (1999)

Juventud, divino tesoro... te vas para no volver...

Rubén Darío

Un querubín sonriente y sonrojado revolotea en nuestro imaginario donde quiera que surge el tema de la infancia y la juventud. Inevitablemente aparecen frases edulcoradas plagadas de expectativas como "el futuro del país" y nos llenamos de añoranza por la edad de la inocencia, la alegría y la libertad (siempre en tiempos lejanos, siempre el joven que fue o el que será). El arquetipo del niño está tan estrechamente ligado a estos valores, que puede escucharse decir a quien sufrió penurias a temprana edad que "no tuvo infancia".

Qué decir de la imagen del niño de la calle, del joven trasgresor, delincuente, asesino. Ante el temor que nos inspira lo hemos proscrito como antítesis de la niñez y la juventud. Emblemáticos actores del

fracaso de tantos esfuerzos gubernamentales y civiles, se erigen en la sombra del niño que no es, niño impuro, joven que se resiste a ser la esperanza de nuestro siempre elusivo futuro dorado.

La idealización de la infancia se encuentra tan arraigada en nuestra cultura que se hace difícil imaginar una época en la cual los más jóvenes no contaban con el privilegiado lugar de hoy. Las vicisitudes de *Oliver Twist*² pertenecen al mito del niño desamparado como ese que "no deber ser" y, por tanto, viene a reafirmar la noción de infancia como inocencia, aunque vulnerable y necesitada de protección para resguardar su *valiosa pureza*.³

Resulta sorprendente descubrir lo que algunos investigadores se han encargado de mostrarnos: nuestro paraíso perdido o dorado porvenir, el divino tesoro de la juventud, es una invención relativamente reciente (Noguera, 2003). Basta una mirada al arte medieval, para constatar que niños y jóvenes se hallaban mezclados con adultos en campos de labriego, tabernas y prostíbulos, tarimas de ejecución y quema de brujas. Todo ello sin la asistencia a escuelas, guarderías, centros maternos o cualquier otra alternativa que hoy se nos presenta como un derecho inalienable de la infancia. Sin distinción de vestimenta o modales, sin espacio ni papel propios, hace un par de siglos, los jóvenes, tal como los concebimos y conocemos ahora, no existían.

-
- 2 *Oliver Twist* fue la segunda novela del escritor inglés Charles Dickens. Se publicó originalmente como novela por entregas en la revista *Bentley's Miscellany*, entre febrero de 1837 y abril de 1839. Considerada como una de las primeras novelas sociales de la historia de la literatura, llama la atención sobre uno de los severos problemas de su tiempo: el trabajo infantil o la utilización de niños para cometer delitos. La novela pudo haber sido inspirada por la historia de Robert Blincoe, un huérfano cuya vida como trabajador infantil en un molino de algodón, tuvo una gran difusión en la década de 1830. No resulta casual, entonces, que el reconocido director francés de origen polaco, Roman Polansky, haya realizado en 2005 la tercera versión cinematográfica del texto. Las anteriores fueron de David Lean, en 1948 y la de Carol Reed 20 años después, en 1968.
 - 3 El término *mito* deriva del griego *mythos*, "palabra", "historia". El mito tiene un significado diferente para el creyente, para el antropólogo o para el filólogo. Precisamente, esa es una de sus funciones: consagrar la ambigüedad y la contradicción. No tiene por qué transmitir un mensaje único, claro y coherente. La mitología es una explicación de los hechos humanos que recurre a la metáfora como herramienta creativa. Ni dogmáticos o inmutables, fluyen y se reinterpretan permanentemente. El tiempo mitológico, fundamental en nuestro caso, se diferencia del tiempo cronológico porque es una suerte de "*tiempo fuera del tiempo*". Lo que supone una estructura muy particular que remite a una edad de oro o tiempo primordial, como la infancia, la Arcadia feliz o el Paraíso cristiano. Para Mircea Eliade se trata de la visión griega del eterno retorno.

En la construcción del poderoso imaginario⁴ que persiste en torno a la infancia y la juventud han tenido mucho que ver los artistas, particularmente los escritores románticos, como Víctor Hugo, Goethe, Flaubert, con sus descripciones sobre esta primera edad, siempre celebrada en sus obras. Lo ha observado recientemente Fernando Yurman (2010), en un trabajo sobre *la identidad joven*, para él marcada por el brillo dorado de la tragedia romántica, que le brinda el aura irresistible de una breve eternidad. Nos dice Yurman: "La juventud es uno de los ideales secretos del movimiento romántico, cuya usual vocación de destrucción, aventura y muerte, fue también una manera paradójica de petrificarla. La muerte protege la intemporalidad que rodea la juventud" (2010:3).

Antes, Françoise Doltó, psicoanalista francesa, resalta el valor de las imágenes de juventud que aparecen en la mitología griega y americana, así como en la literatura. "Mucho antes que los psicólogos, los novelistas han analizado las relaciones de los adolescentes con el tiempo, el espacio, la verdad, el amor" (1997:47). Así como caracteriza la adolescencia vista como etapa y se posiciona en el lugar del joven, Doltó reflexiona sobre el sueño de la eterna juventud y nos muestra reflejada en mitos y novelas, la obsesión del adulto por una belleza efímera que despierta pasiones encontradas.

Entre la literatura y la filosofía, destaca *Emilio* de Rousseau (1762), considerada por muchos como base de la pedagogía moderna. Su defensa de la infancia, vista como edad de inocencia, en la cual el hombre está más cerca de la naturaleza y la libertad, así como la descripción de un tormentoso "segundo nacimiento" con la pubertad, marcando el inicio de una larga tradición de estudios sobre la evolución del ser humano centrada en la importancia de los primeros años para la conformación del individuo.

4 Entendido como significaciones sociales, asumimos el *imaginario* como esa "... urdimbre, ese magma de las significaciones imaginarias sociales que cobran cuerpo en la institución de la sociedad considerada y que, por así decirlo, la animan. Semejantes significaciones sociales imaginarias son, por ejemplo, espíritus, dioses, Dios, polis, ciudadano, nación, estado, partido, mercancía, dinero, capital, tasas de interés, tabú, virtud, pecado, etc. Llamo imaginarias a estas significaciones porque corresponden a elementos 'racionales' o 'reales' y no quedan agotadas por referencia a dichos elementos, sino que están dadas por creación, y las llamo sociales porque sólo existen estando instituidas o siendo objetos de participación en un ente colectivo impersonal y anónimo" En: Castoriadis, C. (1988). *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, p. 68. Gedisa, Barcelona.

En este trayecto, hay que destacar los aportes de Sigmund Freud (1856-1939), en tanto que su papel en el desarrollo de la noción moderna de infancia es trascendental. Recordemos que el psicoanálisis se inicia con un heroico trabajo titulado *La etiología de la histeria* (1895), resultado de la exploración de síntomas somáticos profusos presentados por jóvenes mujeres parisinas (convulsiones, parálisis, ceguera), inexplicables hasta entonces por la ciencia médica. Freud expone en este primer libro los relatos de pacientes que recuerdan experiencias infantiles, en su mayoría de índole sexual, las cuales han dejado huella en su psique, contribuyendo a largo plazo con la generación de síntomas que cedían ante la recuperación consciente de la memoria lesiva originaria. Este proceso se denominó *trauma* (del griego *trôma*, *traûma*: herida, agujero),⁵ expresión que persiste en la terminología psicológica y en el lenguaje cotidiano, demostrando cuánto penetró en el imaginario colectivo la noción de una infancia que marca poderosamente la vida adulta con sus impresiones. El niño se convierte así en el padre del adulto y la familia de origen adopta proporciones míticas, sellando nuestro destino con sus primeras influencias.

El giro pasa, entonces, por un ser humano incompleto, sin lugar ni papel reconocido antes del siglo XVIII, al de ser el germen de la humanidad, la tan valorada semilla de nuestra civilización, retoño que ha de acunarse cuidadosamente con las influencias adecuadas para garantizar un futuro mejor. Todo lo cual representa una revolución de proporciones gigantescas.

Un psicólogo contemporáneo, James Hillman, nos acompaña con su reflexión en torno al peso de la mirada freudiana sobre las cunas de nuestros niños (*Revisitando a Edipo*, 1990). Describe la hazaña de Freud como una *epístrope*, una traslocación del mundo humano, donde se consagra la vida familiar temprana en mitología de la creación del individuo neurótico moderno. A través de su mirada inquisidora, clínica, patologizadora, el psicoanálisis logró transformar la sagrada familia en

5 Dada su etimología, la palabra gr. *traûma*, es un compuesto del lexema verbal *trô-* "herir" + el sufijo que expresa el resultado de la acción *-ma*, de ahí su valor como "herida". Su raíz indoeuropea **tre-*, que está en su centro semántico, indica el acto de "atravesar", "agujerear". Del modo que sea, un *trauma* siempre es una impronta resultado de un maltrato somático que, en el caso del psicoanálisis, va a encontrar severas repercusiones psíquicas.

un lugar de celos y conflictos, otorgó a los padres la autoridad suprema en la generación del cosmos psíquico.⁶

Pero sigamos en el camino iniciado por *La Etiología de la Histeria*. La teoría traumática del psicoanálisis es tan sólo la primera propuesta sobre la conformación del psiquismo humano. Pudiéramos considerarla una de las contribuciones a la ola de estudios que marcaron el siglo XX como el siglo del niño como posible víctima de abusos por parte de los adultos, incluyendo principalmente a sus cuidadores. Constituye un hito en este recorrido la publicación del pediatra estadounidense H. Kempe (1962) sobre los maltratos que sufren los infantes a manos de sus padres. Decimos esto porque es a partir de esta publicación que, desde la ciencia, se asume abiertamente la postura de que la sociedad tiene un papel en el cuidado de los niños, quienes adquieren de esta manera el status de *sujeto*; deben ser protegidos, incluso, pueden ser separados de su familia si esta no les proporcionan los cuidados que requieren. Es la época de la Convención de los Derechos del Niño (1979), documento que sella una visión mundial sobre la infancia basada en el romanticismo rousseauiano y en la noción freudiana del trauma.

Regresemos a Freud. La primera edición de sus trabajos sobre la histeria tuvo una pésima recepción del público científico y general. Se ha dicho que posteriormente evitó la confrontación con la realidad de una sociedad que abusaba tan cotidianamente de los niños y se refugió en el mundo de la fantasía, eludiendo todo compromiso político con el saber que le proporcionaba la experiencia del relato de sus pacientes (Judith Herman, 1997, quien retomó esa línea inicial haciendo un recorrido histórico de los estudios sobre trauma y ha contribuido

6 En 1932, Sándor Ferenczi abrió el XII Congreso Internacional de Psicoanálisis con la ponencia *Confusión de lengua entre los adultos y el niño*: "Nunca se insistirá bastante sobre la importancia del traumatismo y en particular del traumatismo sexual como factor patógeno. Incluso los niños de familias honorables de tradición puritana son víctimas de violencias y violaciones mucho más a menudo de lo que se cree. Bien son los padres que buscan un sustituto a sus insatisfacciones de forma patológica, o bien son personas de confianza de la familia (tíos, abuelos), o bien los preceptores o el personal doméstico quienes abusan de la ignorancia y la inocencia de los niños". Más adelante afirma que esos adultos con predisposiciones patológicas, confunden los juegos y conductas de los niños con los deseos de una persona sexualmente adulta, confusión que los lleva a abusar sexualmente de las criaturas. El niño puede intentar protestar, pero a la larga es vencido por la fuerza y la autoridad aplastante del adulto. Llevado por el temor y la indefensión, la criatura se doblega a la voluntad del agresor y lo introyecta, para poder seguir sosteniendo con él un vínculo de ternura. A este mecanismo de defensa mental Ferenczi lo llamó "identificación con el agresor".

notablemente a la comprensión de las secuelas clínicas de vivencias de horror). Una percepción tal vez injusta, si bien comprensible, desde el campo del activismo social. Freud nunca abandonó la noción de trauma, pero definitivamente privilegió el mundo psíquico y recalcó siempre su preponderancia en la construcción subjetiva de la vida de cada individuo.

Su siguiente publicación, *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), nos muestra un panorama enriquecido por una mirada más centrada en el protagonista de la historia de la conformación del individuo: el niño. Ya no descrito como recipiente pasivo de las influencias adultas, sino desde un *perverso polimorfo* cargado de pulsiones, natural y amoral, pasando por el proceso civilizatorio de ordenar la energía distribuida por un cuerpo que se va marcando por zonas y funciones, Freud despliega una visión del niño como sujeto activo en el proceso de conformación de su subjetividad.

Nuestra relación primera con el cuerpo es maravillosamente libre. Lienzo de piel en el cual dibujamos horizontes de sentido. Las primeras caricias experimentadas en ese territorio ambiguo, en ese espacio puente, no-tú, no-yo, iniciarán el bosquejo de nuestro ser. En la curiosidad, la apetencia, esas flexiones y rodeos sobre el material primo que extendemos y amasamos juguetonamente, surge la chispa del fuego creador; comienza la proyección de *la obra de arte que puedo llegar a ser*.

Desde luego, el paraíso ha de perderse, así nos dice el mito. La palabra divina de la cultura marca zonas de prohibición y ordena el mundo. La naturalidad de la sexualidad en la infancia es irreplicable. Ha de entrar la moral, las formas de hacer, de decir, incluso de sentir, escritas en piedra y repetidas, traspuestas, en nuestros discursos cotidianos.

En este proceso de civilización del cuerpo (demarcación, territorialización, sometimiento), hay pasajes. Brevemente, nuestra erótica se ordena pasando por la espera (boca abierta) del otro, quien se va constituyendo en objeto de nuestra fantasía, inconstante, impredecible. Es la revelación de nuestra dependencia, que se vive también con rabia, hostilidad, hacia ese pecho o esos brazos que tanto anhelo (Cf. Freud, 1905).

Con el tiempo, una satisfacción en el control del propio cuerpo, en el descubrimiento del juego por el poder, en la ambivalencia de la sumisión y la rebelión, cuando puedo decir NO, cuando descubro mis producciones y controlo su expresión, así como la posibilidad de desplazarme con mis propios pies, de alejarme yo también de ese otro que, a su vez, puede sufrir mi abandono. *Eros demonio*, tan distinto de aquel angelito sonrosado, acompañado siempre, nos recuerda Freud, del impulso hacia la destrucción.

Si bien el niño en estos ensayos sigue siendo miembro de la novela familiar, influenciado por los avatares de la historia de amor que le precede y le incluye, se trata sobre todo de un miembro participante del drama, con todas las emociones e impulsos que creeríamos impropias de un chiquillo. Celos, envidia, amor, odio... Freud pinta, a partir de este trabajo, a *un niño sujeto de pasiones*, lejos del querubín de ojos vacuos que aún encarna nuestra infancia imaginada.

Podría extrañarnos la selección que ha hecho la historia de las nociones psicoanalíticas y que han calado tan hondo en nuestra cultura. ¿Por qué permanece con tanta firmeza la idea de una niñez que marca la vida adulta, desde una visión del niño como frágil receptáculo de las pasiones familiares y nunca como sujeto? ¿Por qué la fantasía del paraíso perdido se centra en la dependencia del infante y no en su libertad erótica?

Nos recuerda Hillman (1990) un detalle del mito emblemático del psicoanálisis para explicar el desarrollo psicológico; se trata de la historia narrada por Sófocles en *Edipo Rey* y trabajada por tantos autores desde el ángulo del impulso al parricidio o la necesidad de competir con el padre (real y/o simbólico) para hacerse hombre; visión paradigmática de la cultura occidental moderna. La historia griega sobre la cual se basa Freud para postular la universalidad del llamado *Complejo de Edipo* inicia con un intento de infanticidio, no con el clásico parricidio que representa su culminación. El padre, en el mito, teme el desplazamiento del joven y para evitarlo decide asesinar a su hijo niño. Su acción es el desencadenante de toda la tragedia posterior, llevándolo, precisamente, a su destrucción a manos del hijo que tanto teme.

Esta observación nos resulta pertinente a la luz del estado del arte en los estudios sobre infancia y adolescencia. La idealización de

la inocencia de la niñez y el frescor de la juventud, que roba a los niños y jóvenes de carne y hueso la posibilidad de una mirada cargada de intención, de sentido, para pintar monigotes de ojos vacíos y sonrisa cándida, se nos hace extremadamente sospechosa. Sobre todo, si reconocemos la dolorosa certeza de que los desmanes contra niños y jóvenes no han disminuido por haberlos convertido en el centro de atención de toda una era.

Nuestra cultura ha construido una infancia angelical. El paraíso perdido se revive en la ensoñación de esa primera relación perfecta, de esa unión sin falta. El niño que inventamos es un ser puro, sin deseos, pues para que exista el deseo debe haber carencia. La infancia es perfecta. La infancia como arquetipo, o como modelo de un estado ideal, limpio de los terrores y miserias del mundo adulto, humano.

¿Qué hacer con los rastros (tantas manchas) que delatan la fragilidad de esa pureza? Negamos, escindimos. El niño de la calle, el niño delincuente, se opone como fantasma del niño que deseamos, como sombra cultural de nuestro mito del paraíso perdido. Nos sirve de emblema para discursos panfletarios sobre lo que debería ser, pues en su mirada no reconocemos al niño que queremos.

Narodowski (2005), desde su reflexión sobre la pedagogía en la actualidad, define la ternura como "la construcción sentimental que hacemos de la debilidad del otro". Nos acompaña en el recelo sobre la dulcificación de la infancia como dispositivo de dominación que en el mundo contemporáneo comienza a mostrar sus costuras ante ese niño, supuesto sujeto de derecho y más bien objeto de estudio, que se libera de las ataduras de nuestros amorosos cuidados adultos. Observemos al niño de hoy, hiperactivo, hiperatendido, hiperrrealizado (¿tal vez un *Frankenstein* de nuestra cultura de protección?). En el otro polo del niño que nos inspira miedo en la calle, este niño hipermoderno controla el saber sobre las tecnologías y dependemos de él para acceder a los aparatos que adquirimos con nuestro poder económico adulto. ¿Nos entenece su habilidad para manejar información mejor que nosotros? ¿O asusta su risa burlona ante nuestra ignorancia?

Pareciera que nuestra infancia *rousseauiana* está en peligro de extinción. Nos encontramos, en la práctica, con sujetos que muestran toda una gama de fenómenos humanos, *demasiado humanos*, incluyendo

aquí el goce malvado en el ejercicio del poder. Revelación aterradora sólo en una cultura que ha pretendido negar nuestra temprana subjetividad, nuestra posibilidad creativa, nuestra libertad de ser, de hacer-nos.

Es un amor excesivo por la infancia, proclamado a voces, que la despoja de su ser propio. Preguntémosnos entonces, si el amor impulsa hacia la posesión, al cercamiento, hacia la protección del otro amado hasta el punto de la encarcelación. En la pasión amorosa yace el germen de su propia destrucción, el poder. Como agudamente lo observara Hillman (1990), el temor a la castración fue ideado por el padre. Dando vuelta a la lectura freudiana, nos lleva a cuestionarnos si Layo no caería víctima de su propio temor proyectado sobre su hijo Edipo, objeto de la violencia paterna desde antes de nacer. Nos viene, inevitablemente, la imagen de Saturno devorando a sus hijos pintada por Goya. Vale la pena cuestionar el fin ulterior de nuestras bondadosas intenciones reguladoras, domadoras de la infancia y la juventud, que han forzado a niños y jóvenes de carne y hueso a encarnar expectativas y proyectos adultos. El mito moderno del *progreso* no podía estar completo sin la construcción de un individuo inocente, salvaje, incompleto, al cual moldear para lograr el anhelado mundo mejor del siempre brillante futuro.

Si el siglo XX fue el siglo del niño, como lo han declarado algunos autores, otros nos señalan que esa dependencia y obediencia inherentes al imaginario de la infancia han cedido el paso a las realidades actuales, en las cuales tienen un peso fundamental las llamadas nuevas tecnologías (Otero, 1999; Noguera, 2003; Narowdoski, 2005). De hecho, se comienza a hablar de una desaparición de la infancia desde la invención del televisor, objeto que rompe con la barrera de acceso a la información controlada por el adulto. A partir del momento en que se hace innecesario el desarrollo de competencias para acceder al saber, la distancia entre niños y adultos se estrecha, al menos en lo que se refiere a la tan estimada inocencia y al poder del adulto para decidir la entrada en los secretos de la vida, la sexualidad y la muerte. Con la era digital los jóvenes se convierten en portadores de competencias negadas al adulto, se erigen en los amos de un nuevo saber, que administran y manejan a su antojo, regulando la entrada de los menos jóvenes a un mundo que les pertenece. Paulatinamente hemos visto desaparecer al bucólico joven candoroso de la modernidad, junto con el siglo que fue testigo de los más grandes progresos de la ciencia así como de la desilusión de una física que sirvió para crear la bomba atómica.

El joven no ha dejado de ocupar un lugar central en nuestra cultura con el desencanto del proyecto moderno y la nueva mitología de la era digital. Pero es interesante observar la transformación que ha sufrido aquel ángel de otrora. La atención centrada hasta hace poco en los más jóvenes, entronizando la infancia, se ha desplazado hacia la noción moderna de adolescencia.

De *adolescens*, planteada como etapa vital de crisis, la psicología evolutiva ha tenido un papel importante en la popularización del término y en la creación de especialidades de atención para una población "descubierta" por la modernidad. Si el siglo XX se dedicó a producir servicios infantiles, las políticas sociales y el mercadeo de finales de siglo pasado e inicios del actual están abrumadoramente orientados hacia el público juvenil. Es curioso observar cómo en los últimos 20 años ha decaído la producción de vestimenta y música diseñada para niños, al punto de que en la actualidad no hay distinción perceptible entre las fiestas infantiles y las de adolescentes. Si obviamos, claro está, la diferencia de proporciones corporales. Los tacones e hilos dentales para diminutas jovencitas, los peinados y juegos de video para adolescentes en miniatura, los productos rejuvenecedores para damas, los roqueros de edades ya no tan tiernas, nos remiten a una adolescencia instalada ya como estilo de vida, "cuestión de actitud", más que como una etapa del desarrollo.

Se sigue anhelando la juventud, divino tesoro, pero el énfasis en la inocencia ya se torna insostenible y ha sido desplazado por los *tormentosos* aires de la adolescencia, edad de rebeldía, de innovación y empuje vital. Si los ángeles sonrientes de Boticelli ya no soportan tanta juventud, desbordada en nuestro imaginario, contamos con la figura de la estrella cinematográfica o musical, siempre bella, intangible, pero por ello más accesible a nuestra fantasía. Juventud deseada, modelo de una época de fugacidad y vínculos intensos pero frágiles. Juventud dorada, ensombrecida por la tragedia (lo cual paradójicamente aumenta su encanto) de los riesgos asociados a la aceleración de la pasión. Añoramos el cuerpo y la actitud adolescentes, a la vez que pregonamos un compromiso estruendosamente falso contra las drogas, el mejor vehículo que ha encontrado nuestra cultura para permanecer en el vuelo de Ícaro (recuerdo permanente de quien alcanzó el sol por unos instantes con sus alas unidas con cera).

El panorama en los estudios sobre el tema sigue mostrando a la Juventud como un Otro temible, territorio agreste que ha de ser descubierto, identificado, medido y doblegado. Su destino en las ciencias sociales parece ser el de encajar en categorías que sirvan para comprender un tiempo que nos desconcierta. Recordamos que el filósofo inglés Bertrand Russel utilizó la metáfora de Ícaro en sus pinceladas sobre la inminente caída de la ilusión de la humanidad en brazos de la técnica (1987). Proponemos que los jóvenes hoy son emblema de una época cargada de incertidumbre y desesperanza. Desde la academia buscamos cercarlos en el afán de dar sentido a sus acciones, a sus modas, a sus agrupaciones y banderas, eslóganes fulgurantes. Siempre desde afuera, imponemos un sentido adulto: la influencia que puedan tener estos jóvenes sobre la sociedad, las posibilidades terapéuticas y preventivas de delincuencia, la oportunidad de propaganda política, el valor comercial... Quizás lo más personal queda relegado a un espacio privado, que sólo puede ser comprendido por jóvenes, pues en el discurso "serio" serán descartados como accesorio.

Paradoja aparente: la frivolidad, lo nimio, pueden ser centrales, constitutivos en la identidad del sujeto, y en particular del sujeto joven. Y decimos paradoja aparente porque la definición de "frivolidad" o de "nimiedad" supone el punto de pista del sujeto externo que juzga, desde lo que para él es central, lo otro como periférico, prescindible, despreciable (De Laire, 2001).

Discursos como el graffiti o el rapeo, por tomar un caso entre tantos otros, despiertan reacciones encontradas. El hip-hop es fundamentalmente un movimiento juvenil. Como tal, el mundo adulto le evalúa, le descalifica y le teme. Cuando no se le endilga una responsabilidad social, heroica. Pero el rapero se escabulle de estas misiones y denuncia un día al jíbaro y al otro glorifica a la marihuana. No es un movimiento político organizado, no tiene antagonistas definidos. Es *Yo contra el mundo*.⁷ El hip-hopero es *Mala conducta*,⁸ es el joven trasgresor, que se rebela para autoafirmarse. Puede ser usado como emblema y lo ha sido, de izquierda y de derecha. Han tenido presencia

7 Título de una canción del grupo de hip-hop caraqueño Guerrilla Seca (2003). *La realidad más real* (CD). Caracas: Producción independiente.

8 Nombre de un CD posterior de la misma agrupación musical. Guerrilla Seca (2006). *Yo contra el mundo* (CD). Caracas: Producción independiente.

mediática para visibilizar la miseria y la delincuencia reinantes en los barrios caraqueños, también para apoyar productos comerciales. Irrita fácilmente a distintos sectores políticos, pero principalmente reta en general la comodidad de las construcciones adultas sobre el mundo, con lo cual tiende (como han tendido a hacerlo otros movimientos musicales juveniles), a despertar una fiera oposición, temerosa defensa de los valores establecidos. El poder se asoma para aminorar la fuerza de los raperos, ya sea bajo la forma de combate abierto o de exaltación heroica, se trata de un manotazo de Layo que teme eterna y cíclicamente su desplazamiento. Se nos ocurre que estas reacciones pasan por alto que a pesar de lo estrepitosas que suelen ser las manifestaciones de cultura joven, tienen una dimensión *privada* mucho más importante, quizás, que el sentido público que se les quiere endosar.

Tomemos prestada una observación de Marín y Muñoz (2002:137) que viene al caso: "aún cuando la expresión de las ideas y la denuncia de situaciones injustas es crucial, hay algo más y es sumamente complejo: la elaboración de sí mismo, la creación de nuevas formas de existencia individuales y colectivas", que corresponde a un extracto de sus conclusiones sobre un trabajo de recopilación de movimientos musicales juveniles en el mundo.

Contamos con una miríada de lenguajes juveniles urbanos que andan por vías alternas a la oficial y por ello atraen la atención de la academia para determinar su papel en la sociedad, en una época que tiende a perder antiguos límites en las perspectivas sobre el conocimiento.

Nuestra concepción de arte, al parecer, ha dejado de incluir la noción de singularidad como un atributo esencial. Desde Benjamín (1968), se ha hecho necesario cuestionar las concepciones vigentes sobre lo que es la obra de arte, ante el desarrollo de técnicas de reproducción masiva. Hoy día no sólo es relevante esta discusión sobre las nociones de original y copia, sino que se hace cada vez más pertinente en un mundo de hiperreproductibilidad digital. Jesús Martín-Barbero (2002, 2003) ha reflexionado a profundidad sobre estas complejidades y leerlo nos deja la sensación de que no sólo aquellos criterios clásicos caducan ante las realidades actuales; la creación de nuevos cánones se hace cada vez más complicada (quizás innecesaria) por la vertiginosidad del movimiento comunicacional de hoy.

Emblemáticos de esta vertiginosidad y de la ausencia de cánones tenemos a los jóvenes contemporáneos. Tal y como la negritud ha sido el Otro, la alteridad objeto de temor y control por una sociedad colonizadora, el Oriente para Occidente, lo femenino para el hombre... la juventud es símbolo de esperanzas y temores, territorio lleno de riquezas que se quiere conocer y controlar pero que no se alcanza a comprender.

Si Doltó (1999) nos dice que el adolescente vive desfasado del tiempo cotidiano para vivir un tiempo subjetivo, parecido al tiempo novelesco, Yurman (2010) observa que los relatos de los jóvenes hoy se asemejan a los videoclips, son fragmentados, marcados por sus experiencias tecnológicas actuales. Pero si el discurso de los jóvenes refleja signos epocales, podríamos sugerir que se valen de los medios que les ofrece (¿o les impone?) la cultura en un proceso personal de autoconstrucción, devenir hombre, mujer, adulto, llegar a *ser* (lo que quiero, o lo que puedo), un devenir que quizás siempre ha sido tumultuoso, sólo que se ha tornado cada vez menos íntimo y con hitos cada vez más difusos. Siempre ha sido una edad difícil, de indefinición, de inquietud, turbación, fuego e intensidad, angustia e incertidumbre. Encontramos referencias abundantes en mitologías de distintas culturas así como en la filosofía antigua (Doltó, 1999). Más que un análisis de los niños y jóvenes concretos, nos hemos acercado a un cuestionamiento sobre la mirada adulta hacia el *arquetipo* de la infancia y el *mito* de la juventud. Pero pudiéramos pensar que vale la pena reflexionar en torno al papel que nuestra época ha asignado a los jóvenes hoy, inquietarnos ante cómo puede darse un proceso íntimo de autocreación bajo tanto escrutinio, preguntarnos cuál será el peso de nuestras proyecciones y fantasías sobre estos ángeles de carne y hueso que sólo intentan vivir su propio proyecto de ser, pero a la vez encarnan un proyecto ajeno, en un mundo construido por otros.

Significativamente han ido desapareciendo (o mutando, punto a discutir ampliamente, pues podría tratarse de una metamorfosis que aún no alcanzamos a entender) los rituales de paso realizados en comunidad para determinar la transición de la infancia a la vida adulta. Estas ceremonias representaban también un traspaso de funciones y entrega de poder. Ante la aparente extinción de estos ritos, pudiéramos sospechar que algo posterga indefinidamente la entrega de poder. Tal parece que los jóvenes de hoy se encuentran suspendidos en una adolescencia que puede hacerse eterna. Desde la civilización adulta ya no encuentran acogida para hacerse miembros activos del mundo.

Permanecer en el vuelo perenne y ser objeto de estudios, ataques y envidias saturninas parece ser el destino que les imponemos. Podría ser su tarea desarrollar nuevos rituales, eludir el signo del estrellato virtual y hacerse sujetos en medio de —a pesar de— una hipermodernidad que tiende a convertirlos en héroes bufos de un espectáculo interminable.

Bibliografía

- BENJAMIN, W. (1968). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Eco (Bogotá), 95, pp. 471-496.
- DE LAIRE, F. (2001). ¿Identidad juvenil? La insoportable levedad del ser. Aportes para renovar el marco teórico de los estudios sobre juventud. En: *Revista Mad*. No. 4, mayo. Disponible en: <http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/mad/04/paper02.htm>
- DOLTÓ, F. (1999). *La causa de los adolescentes*. Paidós. Barcelona.
- FREUD, S. (1895). La etiología de la histeria. En: *Obras completas*. Vol. VI. Trad. de José L. Etcheverry. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En: *Obras completas*. Vol. IX. Trad. de José L. Etcheverry. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- HILLMAN, J. (1990). *Oedipus revisited*. En: *Oedipus variations*. Spring Publications. Dallas, Texas.
- KEMPE, H., et al (1962). *The battered child syndrome*. En: *Journal of the American Medical Association*, No. 181, pp. 17-24.
- MARÍN, M. y MUÑOZ, G. (2002). *Secretos de mutantes*. Música y creación en las culturas juveniles. Siglo del hombre Editores, Bogotá.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2002). Jóvenes, comunicación e identidad. En: *Pensar iberoamericana*. Revista de cultura. Disponible en: <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric00a03.htm>
- (2003). Saberes hoy. Diseminaciones, competencias y transversalidades. En: *Revista iberoamericana de Educación*, No. 32. Disponible en: http://www.rieoei.org/rie_32a01.htm
- NARODOWSKI, M. (2005). Destinos de la infancia y de los educadores. Hiper y desrealización. En: Arellano, A. (Coord), *La educación en tiempos débiles e inciertos*. Barcelona: Anthropos.

NOGUERA, C. (2003). *Reflexiones en torno a la desaparición de la infancia*. En: *Acción Pedagógica*, No. 5, pp. 17-26.

OTERO, J. (1999). Infancia y adolescencia (una reflexión sobre el juego). En: *Educación y Pedagogía*, Vol. XI, 23/24, pp. 49-63.

RUSSEL, B. (1997). *Ícaro o el futuro de la ciencia* (Primera edición en 1987). Monte Ávila, Caracas.

SAINZ-BORGO, K. (2007). *Caracas Hip-Hop*. Fundación Chacao, Caracas.

YURMAN, F. (2010). Identidad y juventud. En: *Disertaciones*, Vol. 3.